



She & Him

La primera vez que vi a Zoey Deschanel en una pantalla fue en *Almost Famous*. Cameron Crowe le había confiado el papel de una hada madrina musical descubriéndole a su hermano el vicio enfermo de la melomanía. La segunda vez la impresión fue aún mayor: una Zoey adolescente y curiosa se rapaba el cabello luego de serle infiel al amor de su vida en la muy recomendable *All the Real Girls* de David Gordon Green. Desde luego, el segundo filme nunca llegó a Lima porque para menesterosos en asuntos de cinefilia los peruanos somos campeones del mundo. Digamos, entonces, para nuestra desgracia, que la buena de Zoey salió del radar y, de esta manera, se nos frustró otro hermoso y secreto proyecto de diva. La buena noticia es que nos equivocamos: Zoey y sus grandes ojos azules volvieron por la puerta de al lado, en una faceta que tiende a ser indecorosa para el promedio de actrices del mainstream con aspiraciones de estrellas indie. No es su caso. Junto al músico M. Ward, y con el floro de que tenía un millón de maquetas ocultas debajo de su almohadita de plumas, Zoey se

convirtió en la voz del dúo She & Him y presentó *Volume One*, su cumplidor disco debut.

Digo “cumplidor” sin el menor asomo de remordimiento. De hecho, después de escuchar a Scarlett Johansson y a Juliette Lewis, hasta me parece un estupendo cumplido. Y es que aunque Zoey es una mujer talentosa y no hay duda de que está bien rica, *Volume One* es uno de esos discos que apelan a la frescura un poco tramposa del que arriesga-a-medias: las canciones de She & Him son simples y pegajosas, Ward conoce de sobra la filosofía del aparente desapego y sabe explotar con creces la fórmula ganadora de la chica pop junto al arreglista retro. Lo que jode y seduce al mismo tiempo es que la espontaneidad parece auténtica: Zoey interpreta aquí el papel de la mujercita que no es frágil y desea que la amen. No lo hace mal. “¿Qué puedes hacer con un corazón sentimental?” canta en “Sentimental Heart”, canción que abre el álbum de la mejor manera. En seguida, “Why Do You Let Me Stay Here?” exhibe el lado más juguetón y endeblo (los coros femeninos, por ejemplo, aunque bus-

can generar matices terminan acercándose con peligro al jingle en la mayor parte del disco). El asunto remonta cuando la voz correcta y poderosa de Zoey encuentra el contrapunto preciso con el rasgueo a veces dulce y a veces coqueto de la guitarra de Ward y los solos de violín que la acompañan y complementan. “Change is Hard” y, sobre todo, “Take It Back” —tan seductora, tan triste— son de lo mejor de esta grabación que tiene una canción realmente odiosa (“I Was Made for You”) y dos covers (“You Really Got a Hold on Me” de Smokey Robinson y una versión medio hawaiana de “I Should Have Known Better” de los Beatles) que bien pudieron evitarse. Se viene ahora el *Volume Two*. Ella acaba de aparecer en una cinta estúpida con el retrasado insoportable de Jim Carrey y ya me entró miedo por Zoey (pero más por mí mismo como hinchita de Zoey). “Los viejos hábitos mueren con dureza/ cuando tienes un corazón sentimental” canta ella en la que es la mejor pieza del disco y, entonces, uno espera con fervor que la niña de grandes ojos azules esta vez se equivoque. **DIEGO TRELLES**



MGMT

LA MÚSICA DEL ALUCINADO DÚO DE BROOKLYN **MGMT** PERTENECE AL VERANO. SU DESENFRENO HEDONÍSTICO, DE LA MANO DE LA HETEROGÉNEA Y DESFACHATADA MEZCLA DE SONIDOS, PRESIDE LA JUERGA INTERMINABLE BAJO EL SOL. TODAVÍA ES POSIBLE VIVIR EL VERANO DEL AMOR.

Escribe **DIEGO TRELLES PAZ**

Greenpoint, Brooklyn: aquí empieza todo.

La piscina Mc Carren tiene las dimensiones de una plaza de toros. Es gigante y cuadrada y dejó de ser piscina allá por 1984. Aunque el agua está seca desde hace más de veintiséis años, no existe en todo Williamsburg, suerte de villa neoyorquina de la música más original, retorcida, hedonista y genéticamente paja del planeta, un espacio dominical más lleno de gente confundida y hambrienta de sonido que esta antigua piscina de barrio, ahora reconvertida a pista de baile y a parque de diversiones y a desfile desfachatado de jovencitos raros con aspiraciones serias por convertirse en los últimos emos y hipsters del mundo.

Estamos en julio del 2008: es verano y llueve y, alrededor del parque, hay una cola deforme que, de estar en línea recta, bien podría llegar a Lima. '¿A qué hora empieza Management?', pregunta la típica

chica indie número 240 y, de todos los típicos chicos indie que están mojándose con nosotros, sólo el número 784 se anima a corregirla: '¿No se dice MGMT?'

Se dice, sí.

M-G-M-T y Management: los dos. Incluso, se oye la voz fangosa de un hombre grueso con pinta de recorrido en conciertos, hay quienes aseguran que su nombre original es The Management, así, con The, aunque, ya sabes, bien podría llamarse 'come-te-dé-la-puta-gana' (traducción libre y algo engañosa del *whatever the fuck you wanna call them, huh?*). A diferencia de la muchedumbre pelilarga que tiene cubierta la mitad del rostro por un cerquillo a lo Ethan Kath (ellos) y a lo Karen O (ellas), el hombre-recorrido-en-conciertos es más bien calvo y alto y gordo y tiene una barba roja y profusa que me hace pensar que, en algún momento de su

vida, cuando el pelo le llegaba a la cintura y se esmeraba en negar a Dios, era uno de esos metaleros seudo satánicos eternamente ahuevonados por el *speed* y el ton-ton-ton.

"*Oh, but the times they are a-changin'*" diría Bob Dylan, el bienamado Bob, ícono de todos y cada uno de los presentes. Mi cita, desde luego, no es accidental. Bastará pensar en la hibridez colorida de la masa que espera paciente mientras el eco lejano de la voz de Katie White me confirma lo que ya me temía el día anterior, cuando me la pegaba espantosamente en el bar más impresentable y sórdido de Brooklyn: que me perdería la actuación de los Ting Tings, que escucharía en la cola, impotente y molesto, el pegajoso "That's Not My Name". El punche juguetón de los Ting Tings no es, sin embargo, lo que más entusiasmo al gentío. En los días previos al evento, un rumor *in crescendo* recorría las calles y los callejones de New York: en su último verano de vida, cortesía inconfundible de un alcalde republicano, la banda electrónica, psicodélica y pop más fresca de la escena de Brooklyn, daría un concierto gratis para despedir por lo alto las fiestas narcóticas de la piscina Mc Carren.

Aquí es donde entran los dos estudiantes de música del Wesleyan University en Middletown, Connecticut: Andrew VanWyngarden y Ben Goldwasser, los Management, los MGMT. Su historia no es muy diferente a la de otras bandas que observan su rápido ascenso con una falsa sorpresa: "No estábamos tratando de armar una banda. Sólo parábamos juntos y nos enseñábamos la música que nos gustaba", es la mentira sarcástica de Goldwasser. "Nosotros éramos esta banda desconocida pero hablábamos mucho de vendernos al mercado lo más pronto posible", es el complemento desfachatado de VanWyngarden. La fórmula de este experimento sónico no tenía receta ni plan y, sin embargo, es posible percibirla en estado embrionario a partir de ese cinismo constructivo y creativo, y de esa irreverencia liberadora y horriblemente insincera que esconden sus palabras. Y es de esta manera, con esa misma voluntad lúdica que les permite tener una banda con dos o tres nombres, que MGMT consigue en pleno 2007 algo que solo James Murphy había conseguido con creces a través de su mágico LCD Soundsystem y que los siniestros y divertidos enfermitos de Crystal Castles acaban de lograr con un discazo de esos que quitan el aliento y el sueño, tirar por la ventana un debut memorable, una de esas

joyitas salvajes y conchudamente frescas en las que el beat electrónico rítmico y sucio, la fuerza sugestiva del electro pop, las reminiscencias psicodélicas y los guiños acústicos, y esa mezcla alucinada y volátil del glam, el rock, la música disco, el funk, el noise y el new wave, llegan a ese punto justo en el que hay una sincronía natural entre lo volátil y lo cifrado, lo armónico y lo áspero, lo calculado y lo espontáneo.

No es, pues, en vano que *Oracular Spectacular* haya sido producido por Dave Fridmann, colaborador habitual de los siempre divertidos Flaming Lips. Y no lo es porque hay mucho de juego irónico y de pastiche en este disco. El título, por ejemplo, nació de una especie de broma cibernética en la que dios-Google tuvo la última palabra: Andrew y Ben, los jóvenes músicos con pinta de hippies redivivos, los mismos que llevan de ropa trapos y mantas con un toque inminentemente kitsch y, en sus videos, bailan semi desnudos y con la cara pintada frente a una hoguera en la playa, surfean sobre una pantalla multicolor y se rodean de arcos, flechas y cuernos, decidieron darle un nombre a su disco debut luego de tipear la frase "mierda mística" en el popular buscador. La ironía es, pues, su fuerte pero no es de ninguna manera auto indulgente sino todo lo contrario: "*Hagamos un poco de música/ algo de plata/ busquemos modelos por esposas./ Me mudaré a París/ me inyectaré heroína/ y me acostaré con las estrellas*" canta Andrew burlándose del cliché del rock star en "Time to Pretend", el primero de sus singles. Más adelante agrega: "*Esta es nuestra decisión/ vivir rápido y morir jóvenes./ Hemos encontrado la visión/ ahora tengamos un poco de diversión*".

Entre visión y diversión pero conjugados de manera impredecible con pasión y ambición (fíjense cómo todo rima por aquí), el *Oracular Spectacular* va y viene con soltura de la pieza EDM más potente y pegajosa, como en el caso de "Kids" ("*Contrólate /toma de ellos solo lo que necesitas*"), hasta la melodía acústica y más introspectiva de "Pieces of What" o el funk discotequero de "Electric Feel". A esto hay que sumarle, dos elementos fundamentales que hacen del sonido de MGMT algo distinguible: 1) el timbre de voz de Andrew VanWyngarden, ligeramente chillón y elegiaco pero, al mismo tiempo, lleno de matices y bien complementado en casi todos los coros por la segunda más cálida de Goldwasser, y 2) la preocupación por el tema de una juventud estadounidense desorientada y/o perdida, y su relación ambivalente con la posible —y destructiva— fama ("*La gente siempre me dijo/ nunca te olvidas de tus raíces./ Yo sé que puedo sentirlos/ debajo de mis botas de cuero*": "The Handshake").

Lo que queda ahora es confirmar que ni la lluvia ni el mar de gente, pudieron impedir que los típicos chicos indie y yo pudiéramos ver en vivo a MGMT. Fieles a su estilo, Andrew y Ben salieron disfrazados de hippies y se tocaron todo el *Oracular Spectacular* mientras muchos de los adolescentes bailaban y se mojaban con los restos de la lluvia. Dentro de poco, la piscina Mc Carren volverá a albergar a cientos de bañistas y la música en el parque de Greenpoint se apagará de manera permanente.

Hasta ahora me arrepiento de haberme perdido el concierto de los Ting Tings.

